

LA BALANZA DE COBRE

Y OTROS RELATOS SINISTROS

Sebastián Vargas

ILUSTRACIONES DE **Alberto Pez**



LA BALANZA DE COBRE

Y OTROS RELATOS SINIESTROS

Sebastián Vargas

ILUSTRACIONES DE **Alberto Pez**

LA MASCOTA

FRANK

Cuando conocí a Alejandro Barrientos, él no era nadie. Concedamos que era una persona, por supuesto. O algo menos: un abogado. Un abogado uruguayo que tras terminar la facultad había emprendido el exilio a Santa Inés. Pero en el mundo en que me muevo, eso es ser nadie. En especial, porque Barrientos no era rico ni su familia presumía nombres o noblezas; había llegado desde Montevideo apenas con su título recién enmarcado y una sonrisa impecable, gracias a becas y favores, contando las monedas para el viaje.

Tras algunas entrevistas fallidas, Barrientos había sido contratado, más por lástima que otra cosa, por mi estudio de abogados. Como principal socio

de la firma, yo, Frank Ewell, estreché su mano una tarde de otoño, cuando Recursos Humanos determinó que era momento de saludar a las nuevas incorporaciones de la firma.

Los otros tres empleados nuevos estaban aterrizados por tenerme delante, tenían la expresión y la presencia de pollitos mojados. Barrientos, no. Él tenía un brillo en la mirada, como si estuviera conociendo a un futuro igual, a un posible mentor. Como si estuviera abriendo una puerta hacia su futuro, al estrechar mi mano con la cuota justa de fuerza varonil.

Vi algo en él. Esa fue la razón. No sé qué, pero vi algo. Quizás fue más lo que quise ver que lo que efectivamente percibí. Tal vez me esforcé por reconocer en él a ese hijo que no tuve y que empecé a añorar en los últimos años.

Lo tomé bajo mis alas. Lo apadriné, primero con cautela, luego cada vez con mayor entusiasmo, a medida que nos íbamos conociendo y ganando confianza. En la empresa primero, como un colega novato. Luego en la vida, como un amigo, como algo más que un amigo.

Sus primeros meses en Santa Inés, incluso cuando ya había empezado a trabajar en mi firma, Alejandro no tenía nada de dinero. Tampoco familia en la ciu-

dad, ni amigos: no conocía a nadie. La hubiera pasado bastante mal, si no hubiera recibido mi ayuda.

Era fácil confiar en él. Tenía un carisma enorme, una mirada inteligente y despierta, una predisposición a cumplir con lo que se le pidiera, incluso si se había expresado sin palabras, incluso si no eran pedidos, sino sugerencias o indicios.

Unas semanas después de haber estrechado su mano, ya lo consideraba “mi pichón”, como dicen aquí. Como si fuera mi mascota, aunque más bien diría: mi amigo. Le cedí, hasta que pudiera conseguir algo propio, la habitación de huéspedes de mi lujosa casa en las afueras. Le presté una suma considerable con un bajo interés. Le fui mostrando los lugares más bonitos de Santa Inés, ciudad que no me vio nacer pero ya adopté como propia, pues hace muchos años me radiqué aquí.

Paralelamente, en el trabajo le enseñaba la forma de hacer cada cosa, los pasos a seguir, la mejor manera de planear y llevar adelante los casos, la forma exacta en que consentir los caprichos de cada juez, los términos en los cuales presentarse ante cada juzgado... Alejandro fue aprendiendo todo con rapidez, porque era inteligente y estaba empeñado en llegar, en ser exitoso, en ascender rápido por la escalera angosta.

Compartimos momentos. Le di acceso a parte de mi vida, a la vez fastuosa y austera. Navegamos un par de tardes en mi yate, superamos los doscientos kaeme en mi Ferrari sobre la autopista desierta de la madrugada. Vio, con más sorpresa que envidia, cómo yo elegía al azar entre mis tarjetas para pagar las ostras y el caviar, cómo dedicaba cada tarde a estudiar al menos un par de horas las últimas novedades de la legislación local e internacional, cómo no perdía tiempo ni energía en anhelos, apuestas ni amores. Incluso conoció, en una sobremesa, mi secreta debilidad, mi refugio de compañía y afecto incondicional: le presenté a mis pequeños, Dolly y Tom. Y esa presentación fue, aunque quizás Barrientos no lo supiera, la definitiva confirmación de que él había ingresado al selecto círculo de mi total confianza.

Barrientos vio también, ahora lo sé, que un abogado joven como él podía tardar veinte años en llegar a una posición de socio como la que yo detentaba. Y eso, si tenía bastante suerte y recibía mucha ayuda. Así que recién estaba en el umbral de una larga espera si quería tener lo que yo, ser como yo.

Lo que no dije hasta ahora pero quizás ya esté dicho igualmente: yo lo quería, a Alejandro. En ese momento, lo ignoraba. Lo sé ahora, cuando ya es demasiado tarde para remediarlo.

ALEJANDRO

Cuando pasó la etapa en que lo único que podía ser era quedarme deslumbrado, encandilado como un animal frente a los faros nocturnos del automóvil que lo embiste en la ruta, descubrí que Frank desaprovechaba todo eso que tenía llevando adelante una existencia solitaria y sin disfrutes. El viejo nunca caía en pecados capitales (ni siquiera en la codicia, pues jamás debió ansiar su fortuna, la recibió como herencia de su linaje asquerosamente rico, noble y antiguo). No emprendía aventuras ni buscaba protagonizar hazañas. Oficialmente era viudo, aunque parecía difícil imaginarlo casado. En cuanto a sus relaciones familiares, visitaba a un par de sus sobrinos de tanto en tanto. A lo único que parecía adorar era a sus mascotas, pero ni siquiera tenía mascotas como Dios manda, apenas dos míseros ratones que había bautizado con nombres de persona, Dolly y Tom, dos pequeñas porquerías blancas que masticaban durante horas su alimento balanceado, se frotaban los hocicos y corrían con desgano por los rincones de su jaula inmensa, chocándose a veces, cuando los dos querían ir al mismo tiempo al bebedero o a la rueda giratoria. En fin: Frank era un aburrido. Un aburrido que llevaba

una vida fácil y cómoda, llena de dinero y sin ningún problema.

El viejo me ayudó, sí. Me mantuvo cerca, y esa cercanía, por sí sola, me trajo algunos beneficios, en especial en el trabajo. Pero él me ayudó como se ayuda a un mendigo, bajando la mano graciosamente para soltar una moneda en la palma abierta, sin siquiera mirar a quien sostiene esa mano. Decía mi nombre con afecto, pero a mí me sonaba a burla, esa jota pronunciada a la manera yanqui, como Lady Gaga, largando aire contra el paladar. Así que no sé si llegué a tomarle cariño, pero comencé a envidiarlo. No me importaba él, su forma de ser, sus falencias, su falta de ímpetu, su mundo solitario, no. Lo que envidiaba eran sus riquezas y comodidades, su prestigio y su posición. El viejo Frank Ewell no merecía nada de lo que tenía. Yo, en cambio, que era joven, inteligente, emprendedor, que merecía todos los favores y premios del mundo, no tenía nada. Me había quemado las pestañas para estudiar, para recibirme, para valerme por mí mismo en un mundo lleno de dientes afilados, pero seguía estando lejos, demasiado lejos de todo lo que deseaba y merecía.

Lo envidié en secreto, desde que me invitó a vivir en la habitación de huéspedes en su casa.

Pronto comencé en secreto a odiarlo. Primero lo odié a mi pesar, cada tanto, casi con displicencia; luego aprendí a odiarlo con un rencor completo, enfocado. Oculté, por supuesto, lo que sentía, y continué viviendo como huésped en la mansión de mi benefactor.

Las semanas se aglutinaron en meses. Un día ocurrió que murió Tom, una de las ratoniles mascotas del viejo. Yo mismo encontré su cuerpecito blanco y tieso en el piso de la jaula, cerca de una de las esquinas, con las patitas rosadas apuntando hacia arriba, mientras la otra roedora, Dolly, viuda pero indiferente, masticaba muy quieta en el rincón opuesto, con la mirada perdida más allá de los barrotes finos. Se lo conté a Frank mientras desayunábamos, con total naturalidad, después de cinco minutos de conversación sobre uno de los casos complicados que estábamos llevando adelante en la firma.

No me esperaba lo que sucedió. Para nada. Cuando Frank escuchó que una de sus mascotas había muerto se puso azul. Casi se desmaya, de hecho. Se desplomó contra su silla y luego comenzó a lamentarse a los gritos y a reprocharme, ¡a mí! Que fuera tan insensible. Que se lo dijera como si comentara que el día estaba nublado. Y lloró. Nunca había visto a un tipo grande, un abogado famoso y

casi anciano, llorar así por nadie. Que esas lágrimas estuvieran dedicadas a una rata en lugar de a un ser humano me hizo odiarlo con más fuerza que nunca.

El viejo corrió a ver el cuerpo pero volvió enseñada, porque no se atrevía. Se lamentó por Dolly como si hubiera perdido a un ser querido, y finalmente me abrazó, aún llorando, y me pidió disculpas, y me rogó que fuera yo quien sacara el cadáver (lo llamó así, *cadáver*) de la jaula. Que lo envolviera en uno de los pañuelos de hilo ultralujosos que él usaba, y que luego lo ayudara a enterrarlo en el jardín de la casa, entre los rosales de Lancaster.

Así lo hice. Sorprendido aún por la actitud exageradamente dolorida del viejo ante la pérdida de una mascota tan pequeña y poco expresiva, cuyo estatus de mamífero parecía un artilugio legal para evadir su verdadera condición de alimaña.

Unos días más tarde, mientras me tragaba mi resentimiento y contemplaba el parejo, injusto gris de mi futuro, me puse a mirar a la otra rata, a Dolly, que correteaba ahora por toda la jaula sin nadie con quien chocarse. Y entonces se me ocurrió el plan. De allí en adelante, me dediqué a pulir los detalles en mi mente durante semanas, para que todo resultara perfecto.